

## UNA BIOGRAFÍA DE CARLOS SALVADOR

“Here are the young men,  
well where have they been?”<sup>1</sup>

Joy Division, *Decades*

“El escritor, su biografía: murió, vivió y murió”

Maurice Blanchot, *La escritura del desastre*

¿Es necesaria una biografía para aprehender una obra? Sin querer entrar en sesudos debates teóricos sobre obra y vida del autor, el producto estético y el yo y todas esas disquisiciones válidas para justificar horas lectivas con las que llenar un temario insuficiente, la subvención para la edición de una colección de ensayos sobre teoría literaria contemporánea, o un cruce editorial entre publicaciones literarias que no leen ni sus colaboradores, partimos de la base de que la grafía de una vida es necesaria para una recepción compleja (la más cercana) de toda obra. ¿O no se explicita la traición de Heidegger a Husserl entre las líneas de *Ser y tiempo*, la rutinaria vida de Kant en los pasajes de la *Crítica de la razón pura*, la angustiada ambigüedad asexuada de Eliot en *The Waste Land*, o los tintes capilares baudelerianos en *Las flores del mal* (por alejarnos de la narrativa donde las conexiones externas de la ficción suelen ser más fáciles de detectar)?

Si un nacimiento es muerte (y aquí somos literales en el seguimiento de los escritos de Carlos Salvador). Si creación es destrucción. Toda creación, entonces, de una obra, conlleva una destrucción. Aceptemos, pues, el proceso de destrucción que toda obra implica. La ruptura del silencio. La toma de partida. El asesino deja huellas, no existe el crimen perfecto (sí los encubridores perfectos), tampoco la obra perfecta (sería el silencio, la nada), aceptemos que, a cada palabra, a cada trazo, se desnuda una vida y circunstancias y que, por tanto, tratar de dibujar esa vida (biografiarla) *hace justicia* a la obra y, por ende, al autor ya que, en todo caso (y sobre todo en éste), la pregunta debería ser: ¿Es necesaria una obra para comprender una vida? Aquí, ya sólo nos queda la obra...

Carlos Salvador muere el 9 de julio de 1973. Como él mismo afirma, ésa es su única certeza. La fecha de su nacimiento es la de su muerte, la que él conoce, la otra es motivo de especulación constante (para él y para todos los mortales con cierto raciocinio). De esta aseveración se entienden las continuas reflexiones en torno a suicidio y muerte, de ahí el carácter de su escritura (para nada incoherente con su modo de estar-en-el-mundo), la de un *muerto (in)feliz en vida*, o cómo alguien que se sabe ya muerto, que es incapaz de concebir un atisbo de esperanza o ilusión, puede vislumbrar ciertos momentos de goce (quizá más de los habituales) sabiendo que todo está perdido, que te invitaron a una partida con dados trucados y que dios, el destino o lo que sea, aspiran a escribir miles y millones de vódeviles de segunda sin solución de continuidad. Frente a eso, la sonrisa cínica, el gesto desenfadado del condenado... que la procesión vaya por dentro, y que, por fuera, el *chá chá chá* sea la nota dominante. Carlos Salvador es coherente desde su nacimiento, es decir, desde que muere.

Carlos Salvador Pérez Estévez nace y vive sus años de infancia y adolescencia entre el barrio de La Mancha en Icod de los Vinos y La Guancha, la que luego será su Tíbet mítico y de donde proviene la mayor parte de su familia. Si Canarias y Tenerife gozan de una diversidad social, geográfica y antropológica muchas veces desconcertante, Carlos Salvador concentra esa

visión en La Guancha, ese pequeño municipio de apenas 5.000 habitantes situado a las faldas del Teide y frente al Atlántico y cuya toponimia alude a los habitantes prehispánicos del archipiélago. Pueblo de heladas noches de invierno (sobre todo los años de nieves), de atraso centenario provocado por el caciquismo de siglos, atado al campo y los viñedos, pero con una población orgullosa y aferrada a tradiciones y a la lucha por la supervivencia diaria y a cualquier cosa que signifique progreso -no en vano La Guancha fue bastión del Frente Popular, el republicanismo y el socialismo en la isla hasta la guerra civil-, La Guancha sería uno de esos pueblos que Ken Loach retrataría hábilmente con su mirada experta y combatiente. Sus alturas, desde las que se observa el mar, el campo, las agrestes figuras del circo volcánico de Las Cañadas, sus cielos azules, sus brumas densas, componen un paisaje que invita a la mirada perdida, la contemplación sosegada, el contacto con la naturaleza, que Carlos Salvador acoja la idea de concebirla como su Tíbet particular (con esa combinación de aislamiento y distancia) no es, pues, una pirueta gratuita (como nada en su obra). Si toda infancia queda marcada por el entorno en que se desarrolla, este caso no va a ser menos. Ese paisaje invita a la introspección y al disfrute de la naturaleza. Carlos Salvador vivió ahí casi sus primeros 20 años, y nunca dejó de acudir regularmente... de hecho, en parte... nunca se fue.

La familia es para Carlos Salvador, sobre todo en su infancia y adolescencia, un elemento omnipresente y condicionador de su desarrollo personal. La unidad familiar básica compuesta por sus padres: Salvador y Aurora, entrañables maestros nacidos en La Guancha que dieron clase durante muchos años en el vecino barrio de La Mancha, a medio camino entre aquella y el municipio vecino de Icod. Gentes de bien con mayúsculas (dignos personajes de una película de Loach por seguir con el símil fácilmente esclarecedor), educados en el progresismo y socialismo republicano, luchadores, honestos, honrados casi de manera obsesiva, solidarios y amantes de su entorno y los suyos.

Salvador, aparte de maestro curtido desde sus comienzos en la vecina isla de Gran Canaria, es periodista de nacimiento y no "de título", que durante extenuantes años contribuyó a solidificar la parte más seria de lo que hoy entendemos como prensa digna de llamarse así en la isla, propulsor incansable de la cultura en su pueblo a través de las actividades en torno al Casino local, Salvador aparece como esa figura paterna que los pedagogos contemporáneos ansían esbozar en sus inservibles manuales: más que el amigo, más que el confidente-confesor, Salvador es para sus dos hijos el eterno discutidor, la fuente de información, el redactor-jefe de la casa, y eso es mucho, es más que suficiente...

Aurora es más que madre, mujer integral, de esas que construyen en silencio los episodios de mayor entrega y dedicación de la intrahistoria humana, pasajes llenos de compromiso por un concepto absoluto del amor en la existencia. Maestra fuera y dentro del hogar, tampoco amiga, simplemente madre, y eso, también, es más que suficiente...

Luego está Beatriz, la única hermana y la que comparte trágico destino con Carlos, la adorada Bea de Carlos Salvador. Tres años más pequeña que él, Bea es sensibilidad en piel humana, paciente sufridora de las inagotables necesidades de cariño de Carlos, histriónico mimoso, a veces por naturaleza, y otras muchas por simple pose provocadora. Posteriormente licenciada en Psicología, Bea es una de esas personas que dignifican conceptos tan corroidos por la sociedad *new age* como sensibilidad femenina, solidaridad, tolerancia...que alguien tan sensiblemente adorable como Bea esté condenado a morir, y además de una manera abrupta y prematura, confirma la necesidad de creer en un concepto puramente biologicista de la vida: simplemente, no puede existir un dios tan estúpido.

1973 es el año del Watergate, del fin de la guerra de Vietnam, hay golpes en Uruguay y en Chile y el odio visceral a esa infamia la recibe Carlos apenas nacido (sus padres se sorprendieron meses después, al verlo un 21 de noviembre de 1975, con apenas 2 años, intentando pegarle a la pantalla del televisor, disgustado por la continua presencia en ella durante horas del cadáver de un viejo decrépito al que una multitud acudía a rendir sus respetos). 1973 es el año de la guerra del Yom Kippur, el terrorismo árabe avanza implacable, los griegos votan por la república mientras que en España jura cargo Carrero Blanco para poco después saltar por los aires (ambos contrastes significativos, todo sea dicho de paso), en definitiva, 1973 es uno de esos años, como todos, que te demuestra la razón de Lampedusa y su frase del todo cambia para seguir siendo igual, tan favorita de entre las miles que degustaba nuestro autor. Carlos Salvador nace con el tardofranquismo en proceso de extinción y crece en

eso que se ha llamado transición, es decir, vive sus primeros años en una época llena de esperanzas e ilusiones en medio de una sociedad que muta a un ritmo vertiginoso, compleja, pero que se podría definir como una sociedad *que mira al futuro* y, lo que es aún más reseñable, *que tiene esperanza en él*. Carlos Salvador se cría en un ambiente social, político e ideológico que podríamos calificar como *optimista*. Esa visión general positiva, esperanzada y luchadora del estado de las cosas, de la vida en su conjunto, es la que recibe Carlos Salvador niño en su residencia de La Mancha-El Empalme y La Guancha, rodeado de una familia que representa perfectamente el espíritu de esos tiempos (los "ultrasocialistas" como cariñosa e irónicamente los denominaba el propio Carlos).

Hablamos aquí de su familia de manera extensiva, con su abuela Teresa, tíos y tías, primos y primas y los amigos y cercanos, un microcosmos que domina y preside el desarrollo de Carlos durante su infancia y adolescencia. Carlos crece en la tranquilidad armónica del mundo rural guancharo, absorbiendo con deleite las crónicas y andanzas de sus familiares y conocidos. Porque si hay algo en lo que destaca precozmente nuestro autor es en la capacidad de absorción de información, y, sobre todo, en la capacidad de escuchar. La personalidad de Carlos Salvador se define por una tendencia antiegoísta de empatizar con el otro, innata en él y, también, por un carácter curioso y hasta cotilla que luego, con los años, lo hará identificarse con gozo, con las andanzas fisgonas de un Ciorán, por poner un ejemplo. Esa cualidad de buen observador y oyente atento, presagian el escritor en ciernes en el que luego tenderá a convertirse. El deleite que desde pequeño muestra a escuchar la crónica de las andanzas (familiares o no) populares locales (en especial las eróticas de su abuelo Pedro al que tanto envidiaba su donjuanismo), la atenta mirada a los telediarios, o la lectura prácticamente diaria (desde que aprende a leer con cinco años) de los periódicos que traía a casa su padre, reflejan la precocidad de esa capacidad de atención que pocos privilegiados pueden atesorar.

La mirada atrás a esos años en los que Carlos crece junto a sus padres y su hermana, la intromisión en uno de esos instantes de fin de semana en los que jugueteaban en la cama paterna mientras surgían las continuas preguntas y el afán por aprender, o cuando plantaban una semilla en las huertas familiares, la sola intuición de esa foto ya imposible de cuatro personas (padres e hijos) sonrientes bajo el azul de un cielo puro, entre mar y montaña claros, hace pensar que la felicidad es algo que debe parecerse a eso, algo frágil y que emociona y que algunos llegan a disfrutar en su más cristalina sencillez, aunque sólo pueda sobrevivir en forma de recuerdos...

Es en este ambiente de intimidad y armonía familiar donde Carlos Salvador crece y vive sus casi veinte primeros años de vida. Así desarrolla un carácter afable, introvertido, en general, y extrovertido cuando se encontraba en ese ambiente de familia, cercano y protector. Rodeado del amor familiar con mayúsculas, Carlos crece en una especie de burbuja optimista y estable, ese escenario "tibetano" que tanto recuerda con posterioridad, donde la observación, la escucha, el diálogo con familiares y cercanos es la constante. Como estudiante, Carlos Salvador se desenvuelve con soltura y sin demasiados problemas. A ratos brillante, sobre todo en las asignaturas de letras, en especial, la literatura, y con el único problema de su incapacidad de aprehender la lógica matemática. Ese lenguaje que acerca a dios, como años más tarde comentaba con alguno de sus amigos, se le presentaba como un escollo difícil de salvar siempre. Carlos siempre le envidió a su hermana Bea su capacidad para las ecuaciones y fórmulas. Se podría decir que la mente de Carlos nunca buscaba la síntesis directa, la simplificación formularia, lo suyo era la verbalización del acto, con lo que de compleja estructuración lleva aparejado. A poco que desarrolla su inteligencia, Carlos Salvador aparece como un adolescente con una poco usual complejización de su discurso. Como años más tarde le recuerdan sus amigos, el primer contacto con él, hacía recordar al de un ser barroco en su manera de expresarse hacia y con el mundo, lo que no significa que Carlos se perdiera en el complicado entramado de su discurso (algo habitual en estos casos, y sobre todo, en seres aún poco maduros). Carlos ofrecía siempre una coherencia interna por muy complejo que fuera su discurso para su edad. Eso era causa de elogio entre mayores pero también de cierto aislamiento para con los de su edad, que lo hacían estar relativamente alejado de los círculos habituales de amistades creadas en el ámbito escolar.

Carlos Salvador, incluso desoyendo consejos paternos, lee y disfruta de *Cien años de soledad* apenas cumplidos los doce, y la lee y disfruta como el mejor de los lectores de Gabo.

En la frondosa prosa y poesía hispanoamericana, en el verbo imparable y sinuoso de sus más eminentes autores (de Vallejo a Paz, de Borges a Fuentes) encuentra Carlos Salvador, desde su adolescencia una veta inagotable de lecturas e influencias. Desde un punto de vista del aprendizaje estético es un hecho en parte lógico, la belleza de la textualidad de esa literatura es fácil que capte la atención de un adolescente (el típico caso de Benedetti), pero Carlos no disfruta de un par de lecturas que estimulen su imaginación y fantasía románticas (lo habitual en estos casos). Nuestro autor se empapa, devora la información de esos textos con la misma voracidad con la que absorbe el anecdotario de su microcosmos familiar y vecinal. Junto a este amor por este tipo de literatura, Carlos desarrolla también el gusto, influencia en este caso paterna, por el cine con mayúsculas (Pasolini, Visconti, Wilder, Lubisch...) y la canción de autor de décadas anteriores (de Serrat a Raimon) y también la pasión por el teatro (de Beckett a Genet).

Criado en un ambiente de magisterio, las figuras de maestros directos y de amigos de sus padres (Adelmin, Berto, Chano o Gabriel) aparecen como referentes claros a la hora del desarrollo personal de Carlos Salvador. Más allá de las personas (a las que amaba), Carlos tendía a crear verdaderos personajes prototípicos para poder encontrar las claves de su propio desarrollo como ser complejo. El imaginario de Carlos está tan ávido de referentes que necesita *mitificar*, en el verdadero sentido del término, su entorno más o menos cercano, más o menos conocido. Carlos Salvador fictiviza desde muy joven su mundo. Ésta es una de las señales habituales para sospechar que nos encontramos ante un escritor en potencia. La aparición de un artículo suyo en el periódico local *La Gaceta*, con apenas 16 años, sobre la hipocresía navideña, en el que demuestra un desenvolvimiento semántico y sintáctico simplemente asombroso para esa edad, ratifica lo que estamos afirmando. Aún en plena adolescencia, Carlos Salvador es capaz de manejar el lenguaje con una soltura sorprendente y en un terreno, el del artículo periodístico, que normalmente sirve para comprobar con espanto la incapacidad de los habituales próceres del periodismo para articular dos o tres frases que tengan algún sentido e interés.

Junto a esta avidez por absorber referentes importantes del mundo de la cultura, Carlos Salvador desarrolla desde niño una pasión integral por algo que se termina convirtiendo en una especie de *erlebnis* o vivencia como experiencia vital trascendente (normalmente de carácter trágico): su pasión por el Atleti. Se suele decir que hay que ser aficionado del Atlético de Madrid para saber de lo que se habla en estos asuntos. Lo cierto es que pocas personas han sido tan fieles (y eso que los hinchas rojiblancos son apasionados e integristas en el amor por sus colores) al espíritu de un equipo que llaman *el pupas*. Y es que en su Atleti, Carlos Salvador encuentra las claves para intentar entender eso que llaman vida. La comprensión de la derrota, el infortunio, el sufrimiento, la desesperanza, la entrega, la pasión y muchos otros sustantivos que sirven para definir la vida humana, son términos familiares a todo aficionado alético y sobre todo, en el caso límite de Carlos Salvador. No entender que en su amor por ese referente (mítico como muchos otros) se hallan las claves de su ser y pensamiento, significa simplemente no poder acercarse a Carlos Salvador autor y a su obra.

Los años de adolescencia en la década de los 80 de Carlos Salvador transcurren en ese ambiente de armonía y curiosidad en lo cercano, avidez de información y aprendizaje en lo íntimo y una relativa introspección en lo social, caldo de cultivo, insistimos, para la conformación de un mundo interior denso, complejo, rico, condenado a explotar de alguna u otra manera, sólo traicionado por un –siempre, pero más en este caso- corto porvenir (Althusser mintió en aquella autobiografía, no supo hacer de San Manuel Bueno).

Un factor importante en este desarrollo de la personalidad de Carlos Salvador es el de su innata capacidad viajera, su afán por descubrir más allá de los límites espaciales de lo cercano. Esta facultad queda favorecida desde pequeño, tanto en él como en su hermana Bea, por los continuos viajes familiares de los que disfruta, sobre todo en época estival, y que lo llevan a recorrer toda la Península Ibérica, de Barcelona a Oporto, de Madrid a los Pirineos. Pero hay tres destinos que le marcan en el albor de la juventud: Italia, Praga y Londres. Es en la historia de las ciudades transalpinas, en sus ruinas, en sus paisajes crepusculares donde siente como propias esas emociones que cautivaron a Lord Byron o Mann. Es en la arquitectura de Praga donde sigue el rastro invisible de Kafka, la fantasmagórica silueta del *guetto*. Es en Londres donde disfruta de la belleza y tradición de la ciudad cultural por excelencia, del

discreto encanto de la flema británica, de su sutil ironía. Carlos Salvador adoraba viajar, ama el trayecto, como forma de conocimiento sin límites, como negación de los espíritus sometidos.

Tras finalizar el bachillerato en el Instituto de Secundaria de Icod de los Vinos, llega un momento importante en la vida de Carlos. Sus padres deciden trasladarse a vivir a La Laguna, la ciudad universitaria y episcopal de Tenerife, la ciudad de los curas, los progres e intelectuales, de antiguas casonas y calles adoquinadas, de sotanas y librerías, de bares, iglesias y *campus* universitarios a cual más inservible y, por lo tanto, encantador. Quizá ahí resida el encanto genuino de una ciudad que pronto forma parte del imaginario de nuestro autor. Salvador y Aurora habían obtenido plaza en un colegio lagunero. Este traslado plantea cambios importantes en la vida de Carlos. Tras convivir en un ambiente a medio camino entre lo rural y urbano, lo sosegadamente familiar y cercano, ahora se ve de lleno inmerso en un nuevo tipo de dinámica vital, pretendidamente más urbana y *cool*. Carlos cursa el C.O.U. en el Instituto Viera y Clavijo y durante ese año, decide definitivamente, a pesar del anhelo secreto de su padre de que cursara periodismo, seguir los estudios de Filología Hispánica, hecho que marca sus últimos e intensos años de vida. Justo en el momento en que el desarrollo y dominio del lenguaje y discurso verbal comienzan a ser en Carlos un hecho más que sobresaliente, toma éste la decisión de someterse a la disciplina estéril de la Facultad de Filología. Puede que Carlos escogiera esta opción por pura lógica dado su amor a la literatura y a la palabra y discursos hábilmente contruidos, pero cabe también pensar en un gesto automutilador, en el genio naciente que va en busca de su correctivo académico y esterilizante.

En 1991, la Universidad de La Laguna se debatía entre los estertores de cierta actividad cultural y política de los años del antifranquismo y la transición democrática, del post-sesentayochismo a la española, y más concretamente a la canaria, con la imposición de nuevos modelos que aseguraran la incorporación de las estructuras universitarias a las necesidades de la imparable inclusión de la sociedad española y canaria en el nuevo orden económico mundial, tendente a la globalización de las estructuras políticas, económicas y sociales basadas en el neoliberalismo como *modus vivendi* único y, prácticamente, omnipresente. La Facultad de Filología, como el resto del Área de Humanidades, era fiel reflejo del panorama descrito. Tanto en el profesorado como en el alumnado, se encontraba una curiosa mezcla de irredentos marxistas agonizantes enfrascados en presuntas luchas intestinas y revisiones históricas (hoy, afortunadamente, el desarrollo de los juegos virtuales de estrategia alivia esas ansias de conspiración palaciega troskista) con posmodernos fascinados por términos tan absurdos como "multiculturalidad" o "discriminación positiva" y la capilla habitual de aspirantes a suceder en la historia a los sectores integristas creyentes en la forma y la pureza estéticas, eternos opositores no confesos a la penúltima antología poética. Junto a todo esto, surgía una cada vez más creciente y uniforme masa (sobre todo femenina) de inquilinos que optaban por una visión funcional y burocrática del asunto: llegaban a la Universidad sin saber muy bien el motivo y salían unos años después con un título bajo el brazo, que lo único para lo que les servía era para dotarles de una cierta mayor facilidad a la hora de acceder a un puesto de trabajo (aunque fuera de cajero/a en una gran superficie o director/a general de alguna consejería o similar). En definitiva, en 1991 la Universidad de La Laguna, ingresaba sin pausa en el proceso globalizador que la convertía en una institución social inútil (si es que alguna vez llegó a ser lo contrario) o, probablemente, quizá, "demasiado" útil.

Carlos Salvador se encuentra este ambiente en su primer año universitario. Es un año de transición para él, sus después amigos lo recuerdan como un ser introvertido, de aspecto no demasiado sociable y conservador incluso en la forma de vestir y expresarse. La famosa –para sus cercanos– autodefinición de Carlos Salvador como "viejo prematuro" tiene siempre múltiples lecturas. Podríamos decir que Carlos Salvador venía de otro mundo y que eso se dejaba ver con facilidad. Sus dos primeros años en la facultad son de tanteo y transición, de acumulación imparable de información, es una época intensa de lecturas en las que el nivel de absorción de contenidos del mundo de la cultura, y las artes en general, es incesante. En medio de una pseudo-soledad autoconsentida, Carlos Salvador sienta las bases definitivas de los que serán sus referentes creativos y personales. Como Bataille se sitúa a medio camino entre la vanguardia poética y artística, en especial, del surrealismo, y la izquierda política verdaderamente revolucionaria, para acabar siempre atraído irremisiblemente por la introspección, por la mística como vía de conocimiento, de esperanza y desesperación. Como Vázquez Montalbán asume su

desarrollo como intelectual que no puede evitar su socialización y correspondiente “toma de postura” política, aún desde el descreimiento más absoluto, de su admirado Montalbán toma nuestro autor su “conciencia de clase” y su postura ante el mundo, y –cómo no- su pasión por la buena gastronomía. De Haro Tecglen, que en la década de los 90 se vuelve a convertir en referente inevitable a través de su columna diaria en *El País*, toma Carlos la conciencia crítica incisiva, la (des)creencia en el mito del niño republicano, la claridad de las utopías propias y ajenas, la prematura conciencia de estafa absoluta en torno a los discursos sobre esas utopías (vida, sexo, democracia, justicia...). Como Pasolini, Carlos Salvador abraza la ambigüedad contestataria frente a los discursos religiosos (del cristianismo hasta el marxismo, de la sexualidad hasta la política). Como Woody Allen reivindica un particular enfoque del judaísmo como paraguas en el que acoger una visión trágica, angustiada pero inevitablemente cómica –y cínica- sobre la vida. Algo más que un referente para Carlos, la torpeza, hipocondría, miedos y angustias del cineasta neoyorquino, su visión de la muerte, el sexo, la familia... son una tabla de salvación en tanto que ratificación de un modo de ser. De Visconti, toma Carlos el gusto por lo aristocráticamente decadente, y nuevamente, la difícil toma de posición entre ética y política. Del mismo modo toma de sus admirados Billy Wilder y Groucho Marx la capacidad de reírse de su sombra sin perder la compostura. De Pavese toma la quiebra de la imposibilidad de la consumación erótica, su irrefrenable atracción por las mujeres pero, a la vez, la constatación del abismo genérico, y, sobre todo, la toma de conciencia del propio físico. De Ciorán toma Carlos su estilo compulsivo, aforístico, abrupto y denso, y esa irrefrenable atracción por conocerlo todo, sin importar caer en la cotillería. Como Genet, Carlos Salvador ofrece una mirada cínica, que hurgue en la llaga, una protesta continua, aunque sea individualizada y absurda. De Sartre intenta Carlos tomar la lección de la dificultad de casar diferentes corrientes éticas, políticas y filosóficas y ser capaz de ofrecer una trayectoria de “coherencia”. A Carlos siempre le fascinó (como otras muchas) la disputa entre Sartre y Camus. Citar y comentar la cifra de autores y artistas (Adorno, Blanchot, Levinas, Canetti, Benjamin, Levi, Handke, Vila-Matas, Kafka, Kierkegaard, Baudrillard, Gide, Malraux, Mann, Joyce, Tabucchi...) que Carlos Salvador “devoró” con pasión en sus breves años de vida sería arduo y no corresponde a este resumen biográfico, hemos citado a los que de forma más directa influyeron en la conformación de su personalidad y obra, los que le guiaron en su corto pero intenso camino...

Entre tantas lecturas, películas y consumo de información estética, filosófica, ensayística y política, atraviesa Carlos Salvador sus tres primeros años en la Universidad, donde pasa más bien desapercibido dado ese carácter introvertido y cuidadoso que muestra para con el resto de compañeros, seleccionando mucho sus contactos y siempre manteniéndose en discreto segundo plano, algo que hacía dar una imagen distanciada de él. Sus relaciones más directas esos años se sitúan en torno al grupo de teatro universitario, dada su innata pasión por este género literario, fomentado por el profesor José A. Ramos (su buen amigo Pepe). Su relación de amistad más cercana en esta época es con Nico Abad, un antiguo conocido de sus tiempos de adolescencia, unos años mayor que él, que procedía de la misma zona de la isla y que también cursaba Filología Española y trabajaba en la Librería Lemus, una de las librerías clave de la vida universitaria local. Bien fuera de clase, o en la propia librería, donde Carlos gustaba de pasar las tardes, rodeado de libros, afianza su amistad con Nico, ser de inmensa sensibilidad y tacto, verdadero amigo y confidente (“mi Nico” como siempre recordaba Carlos), que siempre sabrá darle una visión equilibrada de sus problemas (sobre todo los amorosos). De afilada capacidad crítica y una receptividad poco usuales, los consejos y conversaciones que Carlos recibe de Nico son un paso fundamental para el desarrollo de su personalidad. La amistad entre ambos es pura y sincera, de esas relaciones honestas y profundas que son fáciles de envidiar.

Pero la de Nico es una relación casi única en aquellos primeros años universitarios, hasta que Carlos decide *motu proprio* romper ese aislamiento. Como si hubiera estado en una “incubadora social”, compilando todo tipo de información, desarrollándose primero de manera interna, para luego hacerlo hacia el exterior, Carlos Salvador decide abrirse al mundo y a su entorno más cercano al tercer año de estar cursando sus estudios universitarios. En el transcurso de uno de los exámenes finales del tercer curso, Carlos Salvador se acerca a un compañero de promoción, Carlos Robles, y le propone quedar ese verano para verse de vez en cuando y hablar. Carlos Robles (el otro Carlos) se sorprende de aquel repentino acercamiento.

Años más tarde entenderá lo planeada y pensada que tenía Carlos Salvador aquella iniciativa. Carlos Robles era tres años mayor que el resto de sus compañeros, ex estudiante de Económicas había recalado de rebote en la facultad de Filología, cantante de un grupo de pop alternativo de cierto prestigio local (Cabeza Borradora), poseía una relativa capacidad de liderazgo dentro de su promoción en parte por su faceta musical alternativa y, en parte, por su relativa vinculación con los sectores más –aparentemente- “comprometidos” del alumnado. Desde el primer curso se había ganado cierto respeto por parte de sus compañeros por estar directamente tutelado por Lorenzo G. Arozena, admirado profesor de Teoría Literaria, que intentaba aglutinar a los estudiantes supuestamente más “valiosos” y “concienciados” de la Facultad, dentro de un proyecto que uniera las supuestas mentes más validas e inquietas de la misma. Carlos Salvador, en un principio, había quedado al margen de ese grupo dada su intencionada automarginación de los primeros años universitarios. Se había aproximado también a los circuitos más puristas y formalistas de los jóvenes escritores locales de aquella generación, aglutinados en torno a la revista literaria *Paradiso* y al profesor y escritor Sánchez Robayna, pero tampoco había querido Carlos Salvador comprometerse demasiado. Su contacto más cercano en este círculo era el que luego será gran amigo Paco León.

Carlos Salvador, a lo Bataille, se debate (o quizá coquetea) en aquellos primeros años entre vanguardia y compromiso político, aunque siempre con un tono muy individualista y reservado. Como anécdota clarificadora quedará la destrucción material que de una copia de la revista *Ergo*, revista de la Facultad, vinculada al grupo de Arozena, Robles y compañía hizo unos meses antes del definitivo acercamiento a éste. Carlos Salvador presa de la ira (y de una sensatez y buen gusto envidiables), rompió en mil pedazos en su casa el número de aquella revista que jugaba a ser una especie de puesta al día de principios “revolucionarios” y “de izquierdas” en el campo de las humanidades y las artes, y que, evidentemente, tuvo escasa vida y gran pobreza de contenidos. Meses después, Carlos Salvador iniciaba aquel acercamiento directo con Carlos Robles. Éste aceptó y se vieron aquel verano en varias ocasiones y, desde el curso siguiente, fueron cimentando una amistad que llegaría a ser cercana a la hermandad. Ambos Carlos pronto empatizan y confirman lo cercano de caracteres y personalidades. Hipocóndricos, angustiados, torpes, intelectuales a la fuerza, frustrados sexuales, desesperanzados, antimadridistas y muchos adjetivos más comparten en la conformación de sus personalidades. Años más tarde, Robles se da cuenta de que, en el fondo, sirvió como catalizador de la enorme energía acumulada durante años por Carlos Salvador. Su definitiva apertura al mundo y a “lo social” con mayúsculas se produce a través de él, pero no “gracias a él”. Es el propio Carlos Salvador quien decide el momento y el camino para dar el salto definitivo a su inclusión en el mundo que le rodea. Junto a Paco León formarán la “secta hebrea”, una especie de íntima guarida ideológica, refugio moral y espiritual, que a base de fina ironía y cinismo conjuga una mirada de resistencia a una existencia cada vez más insoportable en su lado más ordinario, el de la supervivencia lógica y biológica.

Hay un antes y un después en la vida de Carlos Salvador y tiene como eje central este acercamiento a lo que luego serán sus amigos más íntimos. Hasta la veintena, Carlos se cría en ese ambiente optimista, armónico, donde la familia extensiva lo preside todo y en el que Carlos encontraba esa burbuja donde escuchar y ser escuchado, pero su carácter y su pensamiento iban desarrollándose cada vez más alejados de los parámetros del *ethos* familiar. Carlos Salvador se desarrolla, por naturaleza y por propia elección, como un ser desesperadamente lúcido, irremisiblemente analítico y contundente en sus reflexiones y conclusiones. Ese mundo familiar queda para Carlos como una especie de jardín de infancia del recuerdo donde poder ejercitar la memoria más o menos feliz y compartir la anécdota o el comentario, pero, progresivamente, y a medida que su personalidad se conforma y confirma, constata su diferencia y necesidad de nuevos espacios donde compartir esas inquietudes inevitables, esas utopías rotas: el profundo ateísmo como única justificación posible al absurdo, la descreencia absoluta como actitud radicalmente democrática (Carlos Salvador por esa época deja de votar como gesto genuinamente democrático, como única respuesta posible a la vergonzante utilización del término), la derrota anticipada como arma de resistencia, la visceralidad como actitud frente al mundo, el cinismo como único gesto de ternura posible, el Carlos Salvador de los últimos años de vida, aquellos que van de los 23 a los 27 aproximadamente, es un ser “houellebecquiano”, que asiste lúcido a la descomposición de los valores de aquello que fue un

proyecto de sociedad: el que residía en las utopías previas a la barbarie producto de la fusión de las experiencias sesentayochista y neoliberal, antes del abrazo cómplice de los progres de mayo –pre-post marxistas ortodoxos y heterodoxos, troskistas, maoistas, ácratas, *ecohippies* y todo el resto del amplio ramaje genealógico de la izquierda post-autoritaria y libertaria- con los hijos herederos del libremercado y de la burguesía tradicional, vendiendo al mundo la mayor de las mentiras y las trampas: que el futuro y la libertad existen y que el individuo tiene el derecho –y casi el deber- de conquistarlos –aunque esto sólo se presente como aparente posibilidad en el paraíso mercantilista- a través de la exaltación egotista. Mientras trata de asumir su conciencia nihilista sin caer en la pose creada o la actitud fácilmente histrionica, Carlos Salvador es, en cierta manera, ese ser que busca la felicidad consciente de que, como tal, ésta no existe ni existirá jamás, y de que, en el fondo, ya ni este hecho le preocupa, que sólo intenta resistir cabalmente amando a los cercanos, consciente de que, quizá, la única revolución posible se esconde en cada uno de esos pequeños espacios de resistencia, de rechazo al *yo-y-mi-libertad-antes-que-cualquiera* como única alternativa creíble y -moral y éticamente- aceptable... resistencia de las partículas elementales frente a las escuelas de la ignorancia.

Paco León procedía también de Icod de los Vinos donde había coincidido en el Instituto con Carlos Salvador, y de donde había llegado a la Universidad con una recién iniciada carrera poética e intelectual. Vinculado desde un comienzo a las actividades de la revista literaria *Paradiso* y a un grupo de jóvenes escritores e intelectuales, defensores de la forma estética y la Modernidad como ideología, y reunidos en torno a la figura de Sánchez Robayna y algunos otros profesores de la Facultad, Paco ofrece su doble vertiente que, poco a poco, lo une a Carlos Salvador: la de fino y agudo poeta y ensayista, brillante intelectual y pensador, con su lado más procaz, directo y desenfadado como persona, divertido e ingenioso, Paco es y será siempre para Carlos “el poeta”, y como tal, todo se le tenía que perdonar o permitir. A pesar de ciertas diferencias de carácter, entre ambos también se establece una especial relación de complicidad y hermandad, llena de episodios de amor /odio, emocionante e intensa, en una palabra: verdadera, o mejor, “radical”.

Carlos Robles fue pareja en sus años de Universidad de Carolina (Carola), otro de los referentes fundamentales en los últimos años de vida de Carlos Salvador y también en su obra, que no deja de ser sino un brillante tratado en ciernes sobre el amor y la amistad como desesperados intentos de resistencia frente a la degradación y la muerte. Carola es la musa, el amor platónico de Carlos Salvador, a pesar de que hayan sido otros los amores más o menos “reales”. Bella e inteligente, Carola es la figura que domina y preside, la “antisemita” como los Carlos y Paco la definían desde su “sectita hebrea”, la mujer a la que adorar y temer, a la que se le concede (o viceversa) el papel de Gilda. Carola es la que manda y ordena y su palabra es muy tenida en cuenta en todos los aspectos. En Carlos Salvador ejerce una influencia fundamental al decidir tanto en sus gustos musicales como estéticos (modas, tendencias...) en general.

A medida que va fortaleciendo sus núcleos de amistad, Carlos Salvador “vampiriza” de ellos todas las novedades que estos podían ofrecerles, sobre todo, en lo que hasta ese momento era un territorio semidesconocido para él: el de lo referido a la música contemporánea y toda la cultura y tendencias de ella derivada. Como en todo lo demás, Carlos Salvador absorbe con inusitada velocidad toda la información que podía extraer y, en poco tiempo, se pone al día de las tendencias dentro de ese campo, concediéndole además una importancia fundamental a la hora de establecer sus parámetros reflexivos y creativos. Una de las grandezas de los escritos que Carlos dejó a medio camino, quizá sea la de unir al mismo nivel a Liam Gallagher y Jarvis Cocker junto con Cesare Pavese o Jean Genet, más que ‘pop’ o posmoderno, Carlos Salvador es un escritor consecuente con su tiempo, un escritor radicalmente “democrático”, con toda la carga irónica implícita del término. Los 90 son una década retrofagocitadora de tendencias en lo musical y esto se deja ver en movimientos como el *brit pop* en el que quedan englobadas, con más o menos acierto, artistas y bandas como Oasis, Blur, Paul Weller, Ocean Colour Scene, Suede, The Verve, Pulp, Gene, Shed Seven... éstas y otras referencias invaden el mundo de sentidos de Carlos Salvador y lo remueven y agitan para su disfrute. Época de actitud *indie*, de triunfo de lo alternativo, de poses arrogantes, de estética de revival *mod 60's*, y que hace que Carlos Salvador quede fascinado



por todo ese mundo hedonista y vacío, pero a la vez más lleno y revitalizante que muchas de las propuestas culturales, artísticas y políticas entre las que, hasta ahora, se había movido. De The Velvet Underground a Joy Division o New Order, de David Bowie a Brett Anderson, de Stone Roses a Happy Mondays, Carlos Salvador digiere y recicla con una voracidad casi desesperada una cultura y músicas que le ofrecen “un lugar en el mundo”, un rincón en el que, junto a otros, poder resistir los espacios vacíos de la existencia y el tiempo, una mirada altiva o cabizbaja con la que esperar un fin, el fin...

Tal es la pasión y afán de conocimiento que Carlos llega a tener con respecto a la música popular contemporánea como forma de expresión que incluso, junto a Carola y Paco, llega, durante sus últimos meses, a idear un proyecto de banda alternativa imposible y quimérico bautizado jocosamente como The Flat Putter y cuyos apuntes de canciones también imposibles sirven a Carlos como juego donde plasmar, de manera embrionaria, esas inquietudes en fusionar el lenguaje pop con sus disquisiciones literarias creativas y reflexivas.

Las figuras de Liam Gallagher (y su hermano Noel) de Oasis y de Jarvis Cocker de Pulp son las que quizá más directamente influyen esos años a Carlos Salvador. De los Gallagher, Carlos Salvador queda fascinado por esa mezcla de arrogante pose de héroe de la clase trabajadora británica, por esa autosuficiencia en la ignorancia y, aún así, por la capacidad de componer enormes canciones que pasan a ser himnos generacionales. Si a eso sumamos el hecho de ser hinchas del Manchester City (por establecer un fácil paralelismo con las circunstancias atléticas de Carlos Salvador), es fácil entender la progresiva fascinación que Carlos Salvador siente por esos personajes como referentes. Por otro lado, la figura de Jarvis Cocker, cantante de Pulp, es el otro lado de la balanza para Carlos Salvador. Magnífico letrista de la descomposición social y el hastío generacional, *dandy* continuador de la más rica herencia de Wilde o Baudelaire en el pop, su figura atractiva, alta, desgarbada, casi anoréxica y su ambigüedad intencionadamente provocadora, fascinan a Carlos Salvador, que en sus últimos años de vida, y coincidiendo con su mayor nivel de inclusión social, y guiado por la mano firme de Carola, desarrolla un mimetismo creciente, en cuanto a actitud y aspecto, a sus nuevos “héroes” generacionales. Que Carlos Salvador inicie sus gustos musicales disfrutando de temas de compromiso político y social por parte de Serrat o Llach en su adolescencia, para acabar en la plenitud de su juventud vibrando con la fascinación nihilista de “Common People” (Pulp), “Live Forever” (Oasis) o “So young” (Suede), nos ofrece otro dato sobre cómo el camino de Carlos Salvador fue al revés de lo normal, porque todo en él tenía que constituir un desafío a la normalidad, de alguien que era extremadamente “normal” en apariencia y aspecto.

Los últimos años de la carrera junto con la realización del bienio de doctorado son un campo propicio para el desarrollo de una íntima amistad entre los citados y la conformación de un grupo unido por extraños e íntimos vínculos de complicidad, amor y respeto. Si además tenemos en cuenta de que a esas alturas poco tenían ya que ofertar los docentes a aquel colectivo inquieto y cada vez más conjuntado, aparecen aquellos años como un hermoso período de “tiempo libre” (el de la segunda mitad de los 90) del que disfrutar de una serie de vivencias y creciente complicidad. En este reducido grupo de amigos de Facultad, que viven esta especie de “segunda adolescencia” pasada la veintena, aparecen las figuras de Alicia, Ana y María. Alicia es la protagonista involuntaria de *Pies fríos*, de carácter prodigiosamente afable y cordial, su gran sentido del humor hacía gozar tanto a Carlos (tan predispuesto siempre a disfrutar de la risa provocada por la ironía y el cinismo) como al resto de amigos. Ana aparece como uno de los amores más o menos “reales” no correspondidos de Carlos Salvador, también compañera de clase, destacaba en ella su moderación y saber estar, ese no querer destacar del que Carlos había hecho gala durante muchos años de su vida.

Y es que hay que tener en cuenta el hecho de que Carlos Salvador era un integrista del amor con mayúsculas y en todas sus variedades. Su innato antiegoísmo, esa capacidad de ponerse en la situación del otro, hacen de él un ser que ama irremisible e incondicionalmente a sus cercanos (familiares o amigos), si además a esto le sumamos su pavesiana tendencia a la atracción erótica femenina, es normal que los personajes femeninos más cercanos aparezcan siempre, como amor más o menos real, dentro de la vida de Carlos Salvador. Éste amaba desesperadamente a todos los que él consideraba “los suyos”, los afines de algún modo u otro, por lazos familiares, por conexiones ideológicas, estéticas o deportivas, por filia amistosa, y cómo no, por pura atracción sexual. Integrismo éste que, lógicamente, lleva a muchas

desilusiones y no correspondencias y que en el caso de su relaciones sentimentales y sexuales, hacen que Carlos se atribuya incluso, en alguna ocasión y en sus últimos años, de manera sobreactuada y provocadora, ciertos rasgos de misoginia, gesto forzado que no dejaba de ser sino una llamada desesperada de atención sobre la imposibilidad de concretar la enorme necesidad comunicativa intergenérica que Carlos –como probablemente todos- sufría (uno de los aspectos de moda por cierto en el campo de la narrativa y el pensamiento contemporáneos, como es el caso de la obra de su admirado Michel Houellebecq), en su intento de relacionarse con un mundo como el femenino que, sencillamente, le fascinaba.

María es otro de los personajes importantes dentro de estas atracciones, también unos pocos años mayor, coincide con todos ellos en la Facultad de Filología, tras haberse licenciado en Derecho en Madrid. Mujer de gran cultura e inteligencia y fuerte personalidad y don de gentes, progresivamente atrae la atención de Carlos Salvador que queda enamorado de esa alta capacidad de sociabilidad y experiencia en la vida. Para Carlos, apenas salido de su burbuja de niñez y adolescencia, la fuerte personalidad de María se aparece como un imán por el que rápidamente queda atraído y que va a marcar la mirada crítica y cercana de Carlos sobre el mundo femenino.

Pasan los últimos años de carrera y los de doctorado, la segunda mitad de los 90, en los que el grupo se reúne cada vez más a menudo los fines de semana y en épocas vacacionales, son días felices donde se aprovecha cualquier excusa para quedar y disfrutar de la complicidad de la amistad. Especiales son las citas de fin de semana (barbacoa y chimenea, puros y licores incluidos) en la casa que los padres de Carlos tienen en La Guancha, allí, y al calor de la chimenea o la sombra del “mítico” pino de la huerta aldeaña o en los charcos naturales de El Rayo en la costa, pasan, Carlos Salvador y el resto, inolvidables veladas donde llevan hasta el límite su capacidad de ironizar sobre cualquier cosa y, en especial, sobre sí mismos, y en las que, siempre, Carlos Salvador gustaba de ejercer de histriónico anfitrión, objeto siempre de la atención y cariño de todos (“Carlos era nuestro pegamento” como más tarde recordará Paco León tras su desaparición)

Paralelamente, y como habíamos comentado, se había gestado en la Facultad la formación de un grupo de alumnos de distintas promociones, tutelado por Lorenzo G. Arozena. La creciente amistad entre Carlos Salvador y Carlos Robles hace que aquel se acerque a ese entorno. Lorenzo G. Arozena era por aquel entonces un admirado profesor de Teoría Literaria, viejo militante marxista, había sido expulsado de la docencia universitaria en tiempos del franquismo por su militancia comunista, lo que le daba un cierto aire “mítico revolucionario” entre el alumnado más inquieto políticamente hablando. Del rechazo inicial a ese entorno (la anécdota de la destrucción de la revista) pasa Carlos Salvador a una mayor complicidad, sobre todo personal, con ciertos miembros de ese grupo. La relación entre Carlos Salvador y Lorenzo aparece como la (pen)última crónica de las desavenencias históricas entre intelectualidad y la ortodoxia marxista, la (pen)última confrontación dialéctica de un mundo ya hoy, afortunada o desafortunadamente, desaparecido. Poco a poco, el acercamiento fructifica en un compromiso para que Arozena dirija la futura tesis doctoral de Carlos Salvador, lo mismo que iba a hacer en el caso de Carlos Robles. Son tiempos de reuniones, cenas, intensas discusiones, que pronto enfrentan dos caracteres muy diferenciados: frente a la ortodoxia y la “ritualidad” del pensamiento del tutor aparece el librepensamiento, el “acratismo” del pensamiento del alumno.

En esos años, cuando Carlos Salvador acaba la carrera hacia 1997 (con brillantes notas en las asignaturas literarias y algo más discreto en la parte lingüística), éste decide que su posible Tesis Doctoral podía estar centrada, desde un punto de vista teórico estricto, en el análisis de los textos ensayísticos y artículos periodísticos de Eduardo Haro Tecglen, convertido en aquellos momentos en figura de referencia constante a través de sus columnas diarias en *El País*. Carlos Salvador llega a conocer fugazmente a Haro en enero de 1998, durante la celebración de unas jornadas sobre la revista *Triunfo* en la Universidad de La Laguna. En aquellos momentos, Carlos rebosaba nerviosismo e ilusión con respecto a ese proyecto, máxime cuando obtiene la aprobación y compromiso en la colaboración de la tesis, a través de una conversación telefónica, por parte del periodista madrileño. Son meses estos de intensas lecturas a la vez que cursaba el bienio de Tercer Ciclo para la obtención del doctorado. Las cada vez más frecuentes reuniones en casa de Lorenzo G. Arozena (el “Cotilla Club” como irónicamente lo llamaban él y Carlos Robles, que también por aquel entonces preparaba el inicio

su tesis) van poniendo de manifiesto, sin embargo, la cada vez más creciente separación entre tutor y discípulo. El carácter siempre dispuesto a encontrar el reverso de cualquier asunto, el puntillismo, la mirada cínica y luminosa de Carlos Salvador se enfrentan a la estructura de pensamiento de Arozena, guiada por una férrea creencia en la disciplina y principio de *auctoritas* basado en su formación marxista y clásica. Como en el caso de su admirado Pasolini (y quizá jugando ese papel de manera intencionada) presenciamos un nuevo episodio en la historia de la intelectualidad, en la que intelecto fulgurante se enfrenta a un imposible encorsetamiento ideológico. Carlos Salvador decide romper su relación con su tutor hacia finales del 98. Cuando se le preguntaba por los motivos, gustaba de decir que nunca le podría perdonar que, en cierta discusión, ninguneara a su amado Mastroianni en favor del insulso de Belmondo. Genio y figura.

Al calor del acercamiento al grupo que giraba en torno a Arozena, Carlos Salvador ultima el círculo de personas con las que intima de algún modo u otro. Durante aquellos años y en torno al núcleo seminal de alumnos reunidos en el proyecto de la revista *Ergo*, varios personajes de muy distinto carácter y personalidad habían ido a confluír a ese colectivo. Por un lado estaba Natalia, joven del sur de la isla, recién llegada a la Facultad y con amplia herencia familiar en lo que a concienciación política se refiere, gracias a sus tempranas lecturas troskistas, leninistas, etc. Arozena le facilita un hueco preferente en aquel grupo. Carlos Salvador queda atraído por la mezcla de "fulgor juvenil revolucionario" y frágil personalidad de Natalia, que pasa a convertirse en otro de sus amores "reales" que nunca termina de cuajar, dado lo inestable del carácter de ésta. Este hecho desestabiliza emocionalmente a Carlos durante un cierto período de tiempo y marca también algunas de sus reflexiones sobre su relación con las mujeres. Aquel núcleo estudiantil (al que Carlos nunca estuvo vinculado directamente) comienza rápidamente a descomponerse a medida que avanzan cada uno en sus estudios, presa de sus propias incoherencias y de la absurda mitificación revolucionaria habitual en jóvenes intelectuales, algo que siempre previó Carlos Salvador –de ahí su distanciamiento-. Aparte de Robles y Carola, de ese grupo Carlos establece una gran relación con Nico Arriaga (el otro Nico, también nombrado cariñosamente por Carlos como Nico el Chino), brillante estudiante de Filología Inglesa, apasionado del aprendizaje de las lenguas extranjeras, que al final de su carrera universitaria y un periplo por varios países, acaba dando clases de español en la Universidad de Pekín. Con él establece Carlos Salvador una relación epistolar antológica, llena de un rico y magnífico intercambio comunicativo, reflexivo y, sobre todo, emocional.

Hacia 1999, la situación en el entorno de Carlos Salvador se había vuelto un tanto inestable. Rota su relación con Arozena, su proyecto de tesis queda aparcado, la ruptura de la pareja de Carlos Robles y Carola (que él siente casi como propia) había provocado una cierta fragmentación del grupo de ahora ya ex compañeros de Facultad. Acabados los estudios, llegaba el momento de afrontar la inseguridad de la vida laboral. Definitivamente, los días de vino y rosas tocaban a su fin. Tras ultimar sus cursos de doctorado, Carlos Salvador pasa un semestre cumpliendo con la Prestación Social Sustitutoria en La Laguna, derivada de su carácter de objetor de conciencia. En éste, como en muchos otros aspectos de su vida, tuvo Carlos Salvador la sensación de pertenecer al grupo de "Los últimos de Filipinas", una generación intermedia atrapada en medio del imparable proceso de globalización liberal que el mundo estaba experimentando, algo que suponía un radical cambio en todas las estructuras sociales, incluidas, cómo no, las relaciones entre el aparato estatal y el individuo, y con gobiernos conservadores (PP) o liberales (PSOE) ejerciendo de perfectos gestores "desnacionalizadores" y "neoliberalizadores" incluso en los estratos más rancios del poder, como por ejemplo, el ejército.

En estos años, Carlos profundiza su relación con Carolina, Paco León y Carlos Robles. Con los dos últimos funda la antes mencionada "sectita hebrea", esa especie de hermandad judeomasónica de resistencia inútil. Tanto Paco como los dos Carlos, entienden que su agria visión de la existencia, su pesimismo visceral, la sensación de absoluto vacío, su cínico humor y ácida mirada sobre lo divino y lo humano, sólo pueden justificarse por una procedencia hebraica, aunque sea simplemente ideológica y no tuviera ningún fundamento lógico sobre el que sostenerse. Más cercanos que nunca a la pose *woodyallenesca*, deciden conformar esa sociedad con claros e importantes objetivos: cenar en restaurantes chinos (o en su defecto, pedir la comida a domicilio), ver sin parar el canal de moda Fashion TV vía satélite, beber

mucha cerveza y algún licor, fumar puros, escribir en libretas (que Carlos Salvador guardaba) sus pensamientos conjuntos (sobre todo los más estúpidos, que eran la mayoría) y quejarse de todo y por todo (sobre todo de las mujeres y de la mala música de los bares y *clubs* de moda). Carolina aparecía como “la antisemita”, el látigo inmisericorde ante cualquier veleidad en el vestir (una mala combinación de colores), un calzado inadecuado, un disco mal comprado... La “secta” recibía la visita intermitente de Nico Abad o de Nico el Chino cuando estaba por la isla, así como de un, entonces recién incorporado, Carlos Fleytas (el último de los Carlos), unos años más joven, que también procedía de Icod y se hallaba cursando Filología Inglesa en La Laguna. Rápidamente cómplice dados sus gustos *indies* por excelencia, otro *outsider* local ahogado en un ambiente universitario que, por aquel entonces, lo más alternativo que conocía era la combinación de pañuelos de *intifada* palestina combinado con prehistórica canción de autor progre, *rock crossover* greñudo *cañí* o *house music* trasnochada.

Carlos Salvador y Carlos Fleytas enseguida traban una amistad especial dado lo receptivo del primero y lo sensible del segundo (“con chicos como Fleytas para qué quiere uno las majaderías del poeta”, le espetaba de vez en cuando Carlos Salvador a Robles). Muchos fueron los fines de semana disfrutados así en la casa de Carlos Salvador en La Laguna, cuando ésta quedaba sola pues su familia iba para la otra casa de La Guancha. Cumpliendo los preceptos de rigor, aquellas noches cerveceras con comida china, buena música, escrituras conjuntas y continuos pases de moda en la pantalla, quedarán, para los que las pudieron disfrutar, resumidas en la frase de Carlos Salvador: “Carajo, por cosas así, vale la pena vivir”.

Llega el año 2000 y aparte de las absurdas celebraciones, Carlos Salvador tiene un motivo de alegría. Consigue el puesto de encargado de la Biblioteca Municipal de Guía de Isora, la localidad del suroeste turístico de la isla. Carlos se encuentra ante un desafío personal importante que cumple de manera sobresaliente: no sólo gestiona eficazmente los recursos de la Biblioteca, sino que la transforma en eje dinamizador de la vida cultural local, programando numerosas actividades paralelas y con muchas más que dejó en el tintero. Justo por esta época empieza definitivamente a bosquejar los primeros proyectos serios de textos con la idea de su posible publicación. Su intercambio epistolar y conversaciones con Paco León hacen ver que estaba llegando a un punto donde su estilo y querencias creativas, el gusto por lo fragmentario, el aforismo y lo ensayístico y su definitiva preferencia por la narrativa (primero el relato corto para afrontar luego la construcción novelesca) en detrimento de la poesía, manifiestan a un Carlos Salvador plenamente consciente de que su hora para con la creación literaria se acercaba. Sólo las trágicas circunstancias posteriores interrumpieron la externalización de un camino ya iniciado en su interior.

Es en esta época final cuando mantiene su última relación. Ésta la desarrolla con Rosa Rodríguez, joven artista plástica de La Laguna, licenciada en Bellas Artes. Rosa y Carlos se conocen a través de su amistad común con Paco León. Inician una rápida y corta relación que se diluye a las pocas semanas. Preguntado después por sus amigos sobre el motivo, Carlos Salvador refleja en la sorprendente respuesta su carácter radicalmente pavesiano: afirma que le atraen muchas mujeres a la vez y no se siente cómodo sobrellevando atracción física y una posible relación estable de pareja. Este dato, que coloca la cosmovisión de las relaciones humanas de Carlos Salvador en su justa medida, el de la integridad imposible, nos muestra una vez más lo límite (casi entre lo genial y lo absurdo, pero, ante todo, lo honesto, para consigo mismo y los demás) de su pensamiento.

Corre el año 2001, Carlos Salvador se ha instalado en el Sur de la isla. Junto a Bea su hermana (que trabaja en el departamento de recursos humanos de un hotel de la zona) comparte un piso en Guía de Isora. Allí desarrolla su brillante labor y perfila sus escritos. Los fines de semana acude emocionado a sus citas en La Laguna, La Orotava (donde se había hecho un hueco muy especial entre el círculo de amistades de Robles), La Guancha o Icod con los amigos. En estos meses, Carlos Salvador apura sus salidas nocturnas hasta el final, confiesa que se le queda corto el tiempo para todo, tiene la sensación de haberse perdido muchas experiencias en los años previos, hay cierta ansia de vivir y apurar cualquier tipo de experiencia vital. Sus cercanos incluso le reprochan cierto histrionismo injustificado. En enero de 2001, le había regalado un libro a Carlos Robles con una de sus habituales y magníficas dedicatorias: “espero que seas tú quien algún día rece mi *kaddish*”, presagio sobrecogedor, azar objetivo...lo cierto es que Carlos Robles y el resto de sus amigos lo esperan el viernes 1 de Junio para acudir

a la inauguración de un bar en el Puerto de la Cruz, unas horas antes le envía a éste un *sms* que es quizá su último brillante aforismo pavesiano: "si fuera guapo, tendría que cambiar mi metafísica". Al atardecer, el coche que conducía Bea se sale a gran velocidad, y sin motivo aparente, de la autopista en dirección a La Laguna. Bea fallece en el acto. Carlos queda en coma profundo y fallece 24 horas después. Sus restos son distribuidos para los correspondientes trasplantes. El suceso conmociona a la isla y los respectivos entierros son muestras de enorme dolor y solidaridad. Sus familiares y cercanos han perdido unos seres sencillamente maravillosos con tan solo 27 y 25 años. Hay algunos que además de la pérdida del amigo casi hermano, tienen la intuición de que se pierde a un autor de una potencialidad por descubrir y explotar. Esos mismos siguen, de alguna manera, esperando, para evitar tener que aceptar el recuerdo como única posibilidad, porque -tal y como el propio Carlos Salvador les mencionaba constantemente a través de una de sus frases favoritas de Allen- no creen estar seguros de si tener un recuerdo significa tener algo o, por el contrario, se reduce a no tener nada, porque, sencillamente, se sienten incapaces de rezar un *kaddish*, ojalá pudieran...

**Carlos Robles**  
Junio de 2004

---

<sup>i</sup> "Aquí están los jóvenes,  
pero ¿dónde han estado?"